

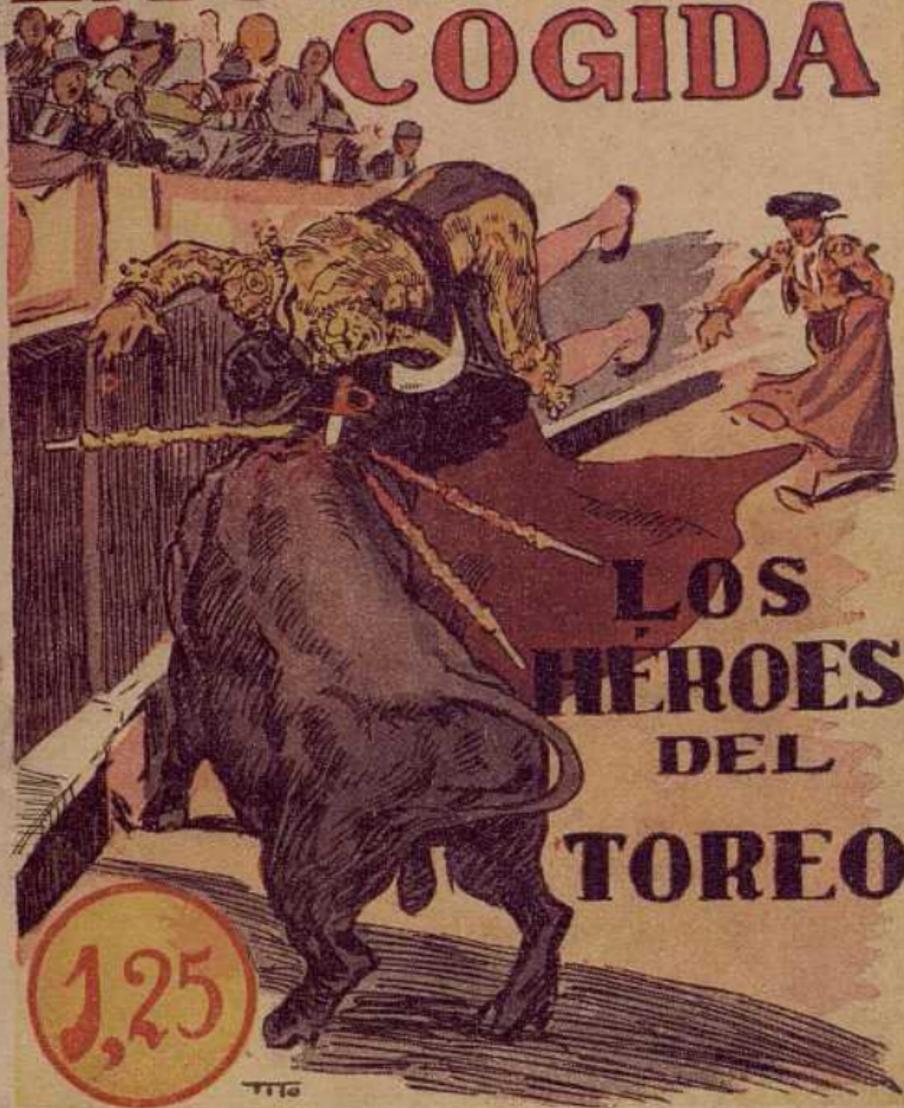
3





EDUARDO MENTABERRY

LA ÚLTIMA COGIDA



LOS
HEROES
DEL
TOREO

1,25

TTG

LIBRERIA "FERNANDO FE" PUERTA DEL SOL, 1

AMITIA
ADG



THE
RIGHT
OF
GOD

LA ULTIMA COGIDA

(Los héroes del toreo.)

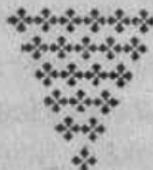
LA ÚLTIMA COCIDA

(Los días del verano)



EDUARDO MENTABERRY

LA ULTIMA
❖ COGIDA ❖
(Los héroes del toreo.)



MADRID
Establecimiento Tipográfico LA MAÑANA
Marqués de Monasterio, 3
1921



EDUARDO MONTABERRY

LA ULTIMA COGIDA

(Los héroes del toro)



Editorial
Española
de Ediciones
S. A.
Madrid

Al que leyere

El amigo Mentaberry, el conocido revisero taurino "Currinche", me pide unas líneas, a modo de prólogo, para esta colección de *cuentos*, más bien *historias breves*, que tiene el querido lector ante su vista.

Con toda clase de respetos, montera en mano e inclinándome ante tu fallo, público soberano, te brindo estas historietas, que han de entretenerte agradablemente, pues no otra cosa se ha propuesto el autor, con la referencia de asuntos relacionados con todo aquello que podríamos llamar de *re taurina*.

Mentaberry, espíritu selecto y ob-

servador, ha sabido acertar en sus trabajos con la nota sentimental, siempre interesante, dando forma real a las idealidades de su exuberante fantasía, y vistiendo las quimeras de su imaginación con un ropaje literario, verdadero *traje de luces*, en el que abundan las perlas y el oro viejo, no la lentejuela y el oropel de los ternos alquilados.

Lector, ya verás como no te engañó con faroles, reboleas y capotazos del toreo *serpentesco*. Breve, corto y por derecho, entrego a tu buen juicio esta obra, en la seguridad de que, cuando termines de leerla, pedirás, conmigo, *la oreja* para el querido autor de tan excelente faena literaria.

ALBERTO PEDROSA

El Tío Cañitas.

La última cogida

—¡Vamos, esto marcha!—le dijo el doctor, dándole una palmadita en el hombro—. ¡Mañana, si hace el día de hoy, te vas a dar un paseo por el Retiro!

El Gallardo, al oír las palabras del médico, tuvo para él una mirada de agradecimiento. Después de tres meses de enfermedad, mentira le parecía al torero de moda que iba a respirar el aire a plenos pulmones.

—Créame, don Julián; de todas las cornadas que he tenido, ninguna me ha hecho sufrir como ésta.

Y, ciertamente, no mentía *el Gallardo*; era tal el estado de debilidad en que

se encontraba, que para andar tenía que apoyarse en dos bastones.

—¡Ya puedes, si quieres, torear las de Zaragoza!

—¡Nó, don Julián, hasta la temporada que viene, no me visto!

—¡Eso, lo que tú quieras!—le contestó el médico, despidiéndose.

En el pasillo aguardaba impaciente el *Trono*, el fiel mozo de estoques del madrileño.

—¿Qué, doctor; cómo le encuentra?

—Ya un día de estos le voy a dar el alta; pero tengo que decirte que tu matador ya no será el de antes.

—¿Por qué, don Julián?

—El miedo, hijo, el miedo.

El mozo de estoques, asombrado y con la boca de par en par abierta, no supo qué responderle.

¡Tener miedo Juan Manuel a los toros, imposible! ¿No había tenido otros

percances más graves y volvió a enloquecer a los públicos por su temeraria valentía? Seguramente sería una broma, dado el carácter alegre y jovial del doctor.

Sonó el timbre y *el Trono* entró en el gabinete, en donde *el Gallardo* le mandó que cerrase las maderas de los balcones y diese luz en la habitación.

—No te marches, *Trono*, siéntate aquí a hacerme compañía.

Juan Manuel tomó de encima de su mesa de despacho un número de *La Lidia*, y mostrándole el periódico a su mozo de estoques, le preguntó:

—Oye, Antonio, ¿torea tanto como dicen *el Morenito*?

—Como torear, sí; pero es un loco; le emborrachan las palmas. No quiero sino que usted salga de ésta para que quite los humos a ese niño.

—¿Se puede?—habló una voz argen-

tina tocando con los nudillos en la puerta.

—¡Adelante!—contestaron ellos.

Era la marquesita de San Julián, la íntima amiga del *Gallardo*; todas las tardes, sin dejar una, de vuelta del paseo, iba a hacerle compañía.

El Trono, comprendiendo que estorbaba, se ausentó, dejándolos solos. Ella se quitó el sombrero y el velo, y corrió alacada a sentarse al lado del ídolo.

—¡Mira, mira lo que te he comprado esta mañana!—, y la elegante sacó del interior de su bolsillo de malla de oro una cajita de terciopelo. Eran unos gemelos de rubíes y brillantes.

—¿Por qué eres tan loca, Conchilla?

—Pues esto no es nada para lo que pienso echarte el día que me brindes el primer toro.

No la respondió *Gallardo*; por su imaginación cruzó la idea de que, sin saber

por qué, temía el volver a los circos tau-
rinos.

—Mañana me vas a dispensar que te abandone; voy con mi marido a ver la alternativa del *Morenito*.

Nunca hubiera querido oír de los labios de su amante el nombre del *otro*, al cual, sin haberle visto torear, empezaba a serle tan odioso.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño; recordó sus malos tiempos, las capeas pueblerinas, los viajes escondido en el retrete de los trenes, y la tarde gloriosa que tuvo en la plaza de Tetuán ante las faenas que realizó con unos mansos cornalones. Por primera vez en su vida se acordó con arrepentimiento de Encarna, la carnicera. Por ella salió a torear en la plaza del vecino pueblo, gracias a su amistad con el empresario. ¿Por qué no la recibió cuando, repetidas veces, fué a su casa a enterarse de su

estado? Ahora es cuando comprendía que nadie le besó con fe como la carnicerita.

La tarde en que el lidiador, triunfante de su éxito, volvía en la desvencijada jardinera hacia su modesto cuartito de la calle del Fúcar, le esperaba su nena.

Al abrir la puerta, no pudo contenerse la Encarna, y echóse en los brazos del torero.

—¿Qué tal y cómo has quedao?—le preguntó nerviosa.

—Admirablemente, dos orejas, mi nena—la respondió Juan Manuel gozoso.

Se acostaron temprano.

El torero quedóse dormido al poco rato, cansado de la tarde aquella de emociones. Encarna soñó que era muy feliz, que habíase casado con él, con su Juan Manuel, y que colgada de su brazo publicaban sus fotografías los grandes periódicos ilustrados.

La calle de Alcalá presentaba una animación extraordinaria; un gentío inmenso dirigíase al coso taurino. Era tarde de gran solemnidad para la afición: celebrábase la primera corrida de abono, y los dos más famosos lidiadores, *el Gallardo* y *el Morenito*, matarían seis hermosos ejemplares de D. Félix Urcola.

La casa del madrileño hallábase atestada de partidarios que, locos de alegría, veían cómo *el Trono* ceñía al ídolo la roja faja.

—¡A ver cómo te portas!—le dijo uno de los aficionados.

En la calle dejóse sentir el bocineo de un auto; era el ganadero que venía en busca del diestro para llevarle a la plaza.

* * *

El circo presentaba un aspecto verdaderamente deslumbrante. Nunca se le

hicieron tan largos aquellos instantes *al Gallardo*, formado para hacer el paseo; aguardaban las cuadrillas el momento en que el presidente agitase su blanco pañuelo.

Montera en mano hizo el paseo el madrileño, y al oír la estruendosa ovación que le tributaban, las lágrimas nublaron sus ojos. Al cambiar la seda por el percal se fijó en una barrera del 1; allí estaba la marquesita con su marido.

Rompió plaza un toro negro de finísima estampa y grandes pitones; *Gallardo* toreó de capa a su estilo, es decir, sin producir un gran entusiasmo.

En la caída de un piquero, al cual la fiera iba a meter la cabeza, un oportuno coleo de Juan Manuel hizo estallar la ovación primera de la tarde. Aún no habíanse ahogado las palmas cuando estalló otra delirante: el trianero, con los pies fijos y jugando solamente los bra-

zos, había hecho un quite admirable, dando una media verónica colosal.

El Gallardo, después de brindar al presidente, mandó retirar los peones, dirigiéndose hacia el toro, que había tomado la defensa entablerándose. Una voz del tendido 4, dejóse oír:

—¡A ver si sigues siendo el amo!

Un sudor frío corrió por su rostro, y la faena íbase haciendo en extremo pesada; sonaron palmas de chufía. Le era imposible sacar al cornúpeto de los tableros, y cada vez se ponía más difícil.

—¡Que te la cortes, so malo!—gritó una voz.

—¡Ahora lo tiene usted!—le dijo *el Airoso*.

Una ovación delirante sonó en la plaza. La estocada era colosal; pero el cornúpeto resistíase a doblar.

El Trono le alargó el estoque para que descabellase.

El toro se arrancó de pronto y, como un pelele, fué zarandeado el madrileño. En brazos de las asistencias fué conducido a la enfermería.

* * *

La cornada era mortal de necesidad; con inyecciones pudieron reanimar al diestro; éste tuvo unos momentos de lucidez.

—¡Antonio, como sé que de esta no salgo, vete cuanto antes a buscar a la Encarna, que vive en la calle de Jardines!

A la enfermería llegaba el ruido de las palmas que tributaban al trianero.

* * *

Es de noche. La marquesita de San Julián, poniendo el pretexto de acudir a velar a una amiga, sale de su palacio para dirigirse a casa del diestro trianero.

Mientras esto ocurre, en la enfermería de la plaza velan el cadáver de Juan Manuel tres personas: su apoderado, *el Trono* y una mujer envuelta en un mantoncillo de crespón. Es la Encarnación, que aún tuvo tiempo de recoger el último beso del hombre que ella quiso con toda su alma.

Il faut donc être attentif, car les espèces
de plantes qui se trouvent dans les lieux
humides sont très nombreuses et
il faut les reconnaître avec soin.
C'est ce que nous allons faire dans
ce chapitre. Les plantes qui se trouvent
dans les lieux humides sont très
nombreuses et il faut les reconnaître
avec soin.

Les plantes qui se trouvent dans les
lieux humides sont très nombreuses
et il faut les reconnaître avec
soin.

Il faut donc être attentif, car les
espèces de plantes qui se trouvent
dans les lieux humides sont très
nombreuses et il faut les reconnaître
avec soin.

Sin corazón

Juan Sevilla, el novillero de moda, dirigíase a la estación del Norte con objeto de tomar el tren que había de conducirle a San Sebastián, en donde iba a torear su última corrida como matador de novillos. Al cruzar el auto por la Puerta del Sol unos cuantos golfillos dejaron de vocear la Prensa, echando a correr tras el vehículo.

Por la mente del torero pasaron aquellos otros días de no lejanos tiempos, en que él, como esos pilluelos, pasó una vida angustiosa.

Evocó aquella corrida, tres años hacía, a fin de temporada, en que un toro duro y nervioso se le fué vivito a los co-

rrales, perdiendo su cartel en el circo madrileño, y aquellos días tristes en que tuvo que agarrarse a su antiguo oficio de albañil para ganarse el sustento y mantener a su anciana madre, que era feliz no pasando una vida llena de sobresaltos, emociones y zozobras.

Juan no pudo acostumbrarse a vivir miserablemente, y, después de muchos días de ahorro, pudo reunir aquellas cuatrocientas pesetas que le llevaba el empresario de la plaza de Tetuán para hacer su reaparición.

Con qué alegría contempló de nuevo su nombre en los carteles el día en que éstos fueron fijados.

Juan Sevilla echó el resto en sus dos novillos, ejecutando dos buenas faenas, y en hombros se lo llevaron los "capitalistas" hasta la Glorieta de los Cuatro Caminos, en donde pudo librarse de la turba y tomar la sucia y desvencijada

jardinera, en donde le aguardaba su cuadrilla.

Sintió una voz conocida que le llamaba. Era la "señá" Clotilde, la vecina del cuarto de al lado de la casa en que él vivía.

—¡Juan, hijo mío, tú no sabes; tu madre se nos ha puesto muy malita!

Estas palabras resonaron en sus oídos trágicamente; con los ojos nublados de lágrimas el torero no hacía caso a los aplausos que le tributaba la gente que bajaba en la plataforma de los tranvías.

Y tarde llegó a su casa para dar el último beso a su madre. Esta había muerto hacía breves instantes; unas cuantas mujeres de la vecindad, alrededor del cadáver, gemían desconsoladas. Tan ensimismado iba el novillero recordando aquel trágico episodio de su vida, que no se dió cuenta de que acababa de

llegar a la estación. Cuando iba a apearse sintió que le tocaban en el hombro. Era el marquesito de San Joaquín, quien acompañaba a una mujer bonitísima y joven, pues apenas habría cumplido los dieciocho años.

Era rubia, muy rubia, y blanca, con unos ojos azules grandes y rasgados.

Juan se acercó, y en tono bajo le dijo a su amigo:

—Marqués, asusta de bonita.

El aristócrata, echándose a reír, cortésmente hizo la presentación.

—¡Mi hermana Irene!

—¡Juan Sevilla, el gran torero que tú ya conoces por haberlo visto torear!

El diestro alargó su mano a la muñeca rubia, que sonreía, mostrándole las blancas hileras de sus dientes de marfil.

—A San Sebastián, si no creo equivocarme, ¿verdad?—habló ella.

—Sí, señorita, sí—la contestó él tar-

tamudeando y poniéndose rojo como una amapola.

Los dos hermanos, acordes, pensaron en que el torero fuera su compañero de viaje.

Después de acomodarse en un departamento de primera clase y de que el tren se puso en marcha, el torero, poco a poco, fué perdiendo la cortedad con la hermana del marquesito.

Ella, curiosa como toda mujer, le pidió que le refiriese su vida y sus aventuras.

—La canso con mi charla.

—No, al contrario; créame que voy encantada; ¡se lo juro!

Y la rubita, coquetonamente, hizo un gracioso mohín, juntando los labios como si fueran a besar a alguna persona.

—Yo la iba a pedir a usted un favor.

—¡Concedido desde este momento!— añadió ella.

—Deseo que vaya usted pasado mañana a la corrida; quiero brindarla el último toro que despacharé como novillero.

El tren acababa de entrar en agujas. Juan sentía una pena muy honda en que el viaje se terminara, por separarse de su compañera de viaje.

Se despidieron.

Irene marchó un poco triste; pensaba en la alegre conversación del torero. Cuánto iba a gozar ella con sus amiguitas, en la playa, cuando las contara aquel viaje tan "bestial" que había hecho con Juan Sevilla.

.....
Sonó el clarín indicando el cambio de suerte.

Juan, que había estado apático toreando de capa y en quites, cogió los trastos, dirigiéndose hacia el palco que ocupaba Irene.

La brindó.

Ella, sonriente, escuchó atentamente las palabras entrecortadas del brindis, sintiéndose enorgullecida porque todas las miradas de los espectadores se fijaban en ella.

—¡Si vieses cómo me gusta éste hombre!—habló Irene dirigiéndose a una de sus amigas.

—Anda, que si se enterase Adolfo del "flirt", seguramente te pondría al fresco—le contestó la otra.

Juan Sevilla, con los pies juntos y sin moverse, ejecutó un gran pase por alto, dos naturales y varios molinetes: en cuanto el berrendo juntó las patas, el diestro se dejó caer sobre el morrillo, sepultando el estoque en lo alto. Estalló la ovación, y borracho de palmas dió dos vueltas al ruedo.

Irene, puesta en pie, enloquecida, le agitaba su pañuelillo blanco,

A las primeras horas del día siguiente recibió Juan una carta perfumada.

Irene le daba una cita, al anochecer, en la carretera de Pasajes.

El torero estuvo durante todo el día más preocupado que si tuviera que despachar seis pavos de Miura.

La encantadora rubia, en su magnífico *Renault*, acudió puntual a la cita.

Le invitó a que subiese al coche, y, ya juntos, le rogó repetidas veces que le perdonase aquel atrevimiento, haciéndole jurara él que nunca saldría de sus labios.

—Irene, yo la quiero con locura—la dijo el torero, aprisionando las finas manos de la aristócrata entre las suyas, toscas y mal cuidadas.

—Si tanto me ama, ¿de qué sería usted capaz?

—De casarme, que es lo que más horroriza en este mundo.

Irene se echó a reír estrepitosamente, viendo cómo aquel hombre, como un chiquillo, loco y romántico, había tomado en serio la aventura.

Al hacer un rápido viraje estalló uno de los neumáticos, y a poco el vehículo dió una vuelta de campana, cayendo los ocupantes debajo del coche. El mecánico, haciendo esfuerzos sobrehumanos, sacó por una de las ventanillas a Irene, la que había resultado milagrosamente ilesa.

Juan, bañado en sangre y privado de conocimiento, yacía en tierra.

—¡Este hombre está gravemente herido!—exclamó horrorizado el "chauffeur".

—¿Y qué hacemos, Fidel, qué hacemos?—añadió la señorita, loca, mirando fijamente a su servidor.

—Usted lo que debe hacer, por lo pronto, es marchar de aquí,

Con las lágrimas en los ojos escuchó Irene la idea que la proponía el "chauffeur"; media hora escasamente tardaría en llegar a pie a San Sebastián.

Marchó sola hacia su casa. A las angustiadas voces del mecánico acudieron a prestarle auxilio los dueños de una sidrería cercana, y entre éstos y Fidel sacaron de debajo del vehículo a Juan Sevilla, que había recobrado el conocimiento.

—¡Don Juan, mi ama me ha rogado que en usted está el evitar salvarla de este escándalo!—dijo el "chauffeur", acercándose al herido.

—La puedes decir que nadie sabrá nada de esta aventura. ¡Corre, corre a tranquilizarla!

Y el torero cayó desvanecido, sin poder articular más palabras.

.....

En la declaración prestada por Juan

Sevilla al juez manifestó que el accidente había sido casual. Fidel, el mecánico, era su amigo, y éste habíale invitado a subir al coche para dar un pequeño paseo por la carretera de Pasajes.

Una semana después de ocurrida la triste aventura el novillero iba poco a poco perdiendo el conocimiento bajo los efectos que le producía el cloroformo.

Dos cirujanos desinfectaban su instrumental *tranquilamente*, para amputar al torero el brazo derecho. Los hombres de ciencia estaban tranquilos, impasibles; no se inmutaban, como tampoco Irene, que sabedora de todo lo que ocurría, impasible también, escribía una carta a su prometido Adolfo, recordándole que no faltara al baile del Casino, porque de lo contrario ella iba a llorar mucho.

Estrella Margot

Por la carretera, cubiertos de sudor y de polvo, caminaban, sin sentir fatiga, los aficionados; de vez en cuando hacían un pequeño descanso para liar un cigarro y beber un poco de agua.

Iban a las fiestas de Medina del Campo, a donde llegarían tres días después si no tenían ningún contratiempo, y aunque en los estómagos de los maletillas no había otro alimento que un poco de pan y longaniza que comieron aquella mañana, a primera hora, iban alegres, recordando, entre risas, los incidentes de la última capea y la brutalidad de los salvajes mozos del pueblo.

Tres meses hacía que abandonaron sus hogares. La vida, desde entonces, les fué azarosa y llena de infinitos sobresaltos; pero todos la sufrían resignados, viendo que cada día estaban más valientes con los *pregonaos*, con quien tenían que luchar. Empezaba a anochecer, cuando sintieron a lo lejos el estridente sonido de una sirena.

Manolillo *el Rizado* tiró al alto su gorrilla.

—¿Qué te pasa, te has vuelto chalao?
—le dijeron sus compañeros.

—¿No habéis oído?

—Sí, un automóvil—le contestó uno de ellos inocentemente.

—¡Si vosotros me ayudáis dentro de poco tenemos por lo menos cinco duros!

En pocas palabras expuso sus planes Manolillo; éste fingiría un accidente tambaleándose en medio de la carretera, impidiendo el paso a los automovilistas;

y éstos, que seguramente tendrían buenos sentimientos, los socorrerían con esplendidez.

Con grandes risotadas celebraron los maletillas la feliz ocurrencia de su matador. El auto venía con vertiginosa marcha, levantando nubes de polvo.

Preso de agitadas convulsiones y echando espuma por la boca, hacía el papel maravillosamente Manolillo *el Rizao*.

—¡Seguramente esto será debilidad! —exclamó la elegante mirando con pena al torerillo.

—Y que lo diga usted; hace tres días que no comemos ni para tenernos materialmente en pie.

Mandó al chauffeur que le trajera el frasco de sales, y ella misma le hizo aspirar al torero, que a punto estuvo de desmayarse de verdad al abrir sus ojos y contemplar aquella tontería de *gachí*.

La caritativa elegante escuchó de los

mozalbetes las palabras de elogios que hacían de su accidentado matador; pronto, tal vez aquella temporada, llegaría a cobrar sus seis mil reales.

Estrella Margot, la cupletista de moda, los oía con verdadera atención, embelesada de las frases chulonas; verdaderamente la distraían más que sus galantes adoradores, que la aburrían de un modo soberano.

—Si vosotros queréis, os llevo en mi auto—los dijo Estrella, fijando sus ojos con malicia en el matador, que aún no se había atrevido a articular palabra.

Ni que decir tiene que aceptaron la invitación, y, rodeada de los granujillas, Estrella Margot no podía ocultar su risa, viendo cómo *el Rizado*, poniéndola sus ojos entornados, la hacía su declaración llamándola *negra y corazón*.

* * *

La Empresa del teatro en que tenía

que actuar Estrella Margot recibió aquella tarde un telegrama urgentísimo, en el que la notificaban la enfermedad de la cupletista.

Todo era mentira. Estrella, en unión de *el Rizado*, se había vuelto nuevamente a Madrid, en donde logró, gracias a sus buenas amistades, que debutase Manolillo en la plaza de Vista Alegre.

Interminables se la hicieron las horas de aquel día.

En el reloj cercano de la iglesia del Buen Suceso dieron las tres y media, y tembló hasta sentirse enferma; era la hora en que sonarían los clarines para empezar la fiesta.

* * *

Unos años duraron los amores de la cupletista y el matador. De sus íntimos amigos recibió infinidad de consejos, amonestándole de su género de vida. El, Manolillo *el Rizado*, a quien se le ofrecían

tantas y tantas mujeres, ¿qué necesidad tenía de sujetarse a vivir con Estrella Margot? Una noche, al volver a su casa embriagado, rechazó las caricias de Estrella y la golpeó sin piedad, sin tener ningún motivo para tan vil acción.

—¡Eres un canalla!—le dijo la pobre levantándose del suelo con la cara ensangrentada—. ¡Este es el pago que me das a mí, a quien debes lo que eres!

—¡Esto ha terminado; nada queda entre nosotros; a primera hora mañana puedes tomar el olivo!—la contestó el torero.

—¡Sí, me iré; te lo juro!

Sus sesenta corridas llevaba toreadas Manolillo *el Rizado* con éxitos clamorosos. En la última corrida de las fiestas del Pilar, un jabonero del duque, al entrar a matar, le ocasionó aquella gravísima herida que le costó tres meses de enfermedad entre la vida y la muerte. Y lle-

gó la primavera y su nombre figuró en el cartel de la inauguración de la temporada.

Sus dos toros fueron devueltos a los corrales, después de recibir innumerables pinchazos. Dos días después del fracaso se cortó la coleta. Con su modesto capital se dedicaría a negocios que le reportaran utilidades para una vida modesta.

* * *

Era una noche fría de invierno; esquina a la calle del Calvario y San Pedro Mártir, una mujer pintarrajeada, envuelta en un mal mantón, esperaba inútil a un comprador que la diera unas monedas de plata en pago de sus caricias.

Cuatro trabajadores, tapados con sus bufandas hasta los ojos, pasaron junto a ella.

—¡Preciosa, retírate a descansar, porque si no te vas a quedar tiesa!

--¿Qué quieres que haga? No tengo más remedio—y la pecadora suspiró tristemente—. ¿Sabes que tus ojos me hacen recordar a un hombre que yo quise mucho?

--¡A ver si soy yo, prenda!—la respondió chulonamente el obrero.

—Por casualidad, chiquillo, ¿has sido tú torero?—le preguntó.

—¡Toma, y que de los buenos!; y ahora, ya ves, nenita, ganando cuatro pesetas, y que no falten.

En los ojos de la ramera, que no era otra que Estrella Margot, saltaron las lágrimas.

—¡Tú has trasegao más de lo debido esta noche!—la dijo Manolillo *el Rizado*, agarrándola dulcemente del brazo.

Ella no le contestó; un instante dudó si darse a conocer; pero, ¡para qué re-

cordarle al pobrecito los tiempos pasados y tristes!

—¡Te convido a una copa! ¿Quieres, rubia?; para que acabes de llorar.

—Gracias, hombre, gracias; te lo agradezco.

Manolillo *el Rizado* echó a andar silbando alegremente; Estrella Margot le siguió con la vista, y a su imaginación vinieron otros días en que la sonreía el amor y la fortuna.

Sintió frío, y notando su pobre cuerpo cansancio, se acurrucó en un portal, y a poco se quedó dormida.

El sereno, por vez primera en su vida, tuvo compasión y no la hizo levantarse.

Alma grande

I

El taller de modas hallábase establecido en una casa de lujosa apariencia; frente a ésta había un jardín público, y en sus bancos reuníanse las alegres modistillas hasta que el reloj cercano del ya no existente Palacio de Justicia dejaba sonar las campanadas que anunciaban la hora fatídica del encierro en el taller.

Algunas se quedaban rezagadas; eran éstas las que tenían novio. Eso sí, luego tenían que hacerse las sordas al escuchar las reprimendas de la maestra.

Finalizaba el mes de Mayo, y aquel

año, como otros anteriores, tenía por costumbre la "Madame", el día que celebraba su santo, llevarse a las lindas modistillas de jira; para lo cual alquilaba un hermoso "break" que las conducía a la Bombilla, en donde las castizas madrileñas pasaban unas horas alegres.

No todas iban; eran aquellas que tenían sus novios celosillos y éstos terminantemente se lo prohibían, conformándose las tristes nenas con que las llevase su amado al cine o a la sección ver-mut de Novedades.

Puntuales, a las nueve de la mañana, acudían todas al taller, de todo "pos-tín", primorosamente peinadas y con claveles prendidos en su pecho.

Al subir al coche, una de ellas dió a regañadientes un viva a la maestra, que las otros compañeras contestaron de muy mala gana.

—Oye, Nati, ¿dónde te has compraos esas medias tan finas?

—Chica, ¡suerte que tiene una de tener un novio dependiente!—la contestó, guiñándola sus ojos maliciosos.

—¡Cuidao que estás chaláa con Nicetín!

—¡No exageres, Pepita; simpatía un poquito, sí... pero lo otro! Si quise a alguien fué a Martínez Alfonso.

—Sí, ya ves cómo se portó, ¡el muy charrán! Muchas palabras y luego la del humo...

—¡Bueno, chica, no me recuerdes cosas tristes!

Bajaba el coche por la calle de San Bernardo. Los transeúntes miraban aquel manojito de flores de la loca juventud que reía. Por la imaginación de alguno cruzó sin duda el recuerdo de la primera novia a quien quisimos un poquito.

Al pasar por frente a la Universidad, una de las modistas, conocida con el remoquete de *la Tenorio*, dió un viva a los estudiantes. Estos, que en otros días hubieran provocado un jollín, no las hicieron caso; entraban pacíficamente a sus clases, con los programas de las asignaturas en sus manos.

II

Casi a la misma hora, Luis Martínez *el Morenito* y Juan Val *el Perfiles*, ambos vecinos de casa y compañeros de oficio, eran en el taller despedidos por el maestro.

Estaba el buen hombre harto de consentirles tantas consideraciones. Ya se sabía que en cuanto daban comienzo las capeas pueblerinas, sus dos mejores oficiales le abandonaban, dejándole plantado.

—¡Anda, que la hemos hecho! ¡Bueno se va a poner mi padre cuando se entere!

—¡Déjalo, Luis, déjalo! ¡Qué le vamos a hacer!—le contestó Juan encogiéndose de hombros—. ¿Sabes lo que he pensao?

—¿El qué?

—Pues que nos vayamos a dar un paseo hasta el Puente de los Franceses.

Su inseparable compañero accedió, y silbando una canción chulona, echaron a andar cuesta de San Vicente abajo.

El Morenito tenía poca afición al trabajo desde que en una becerrada, en el ruedo de Tetuán, dió una estocada a un corderillo. Fueron tales las ilusiones del chaval, que aquella misma noche se fué a la barbería de la esquina a que le dejasen el pelo.

Desde entonces, las flamencas del barrio se lo disputaron. Y en los salones

de baile de Mazarredo y Provisiones tenía más fama que la que alcanzaba en los pueblos cercanos.

Todo lo contrario le sucedía a su compañero de afición. No tenía novia: su único amor, como decía una y mil veces, era su viejecita madre. Los domingos por la mañana íbase a la Biblioteca Nacional, en donde leía todos los antiguos periódicos taurinos. Su debut fué en un pueblecito de la provincia de Avila, en donde echó a rodar, de media en las agujas, a un marrajo que pesaría sus treinta arrobas. Con los diez duros que le dieron por su faena compró a su madre un mantón.

Poco lo usó la pobre, pues aquel invierno una pulmonía traidora la arrebató la vida.

Al pasar por el merendero de La Huerta oyeron la loca algazara que producían las modistillas.

—Oye, Juan, ¿te parece que entremos?

—¡Lo que tú quieras!

Pronto entablaron amistad los aficionados con las nenas. Juan sacó a bailar a *la Tenorio*; pero ésta no hizo más que dar unas vueltas y le dejó, porque el torerillo no conocía gran cosa del arte de Terpsícore.

Se sentó a fumar tranquilamente un cigarrillo.

Lola, *la Bonita*, la gentil modista que era lo mejor del taller, se le acercó.

—Pero, rico, ¿se está usted durmiendo?—le preguntó.

—Como sé poco, no encuentro pareja.

—Pues yo le enseñaré.

Y bailaron aquella pieza, y después otra, y en los labios del torerillo brotó su primera declaración amorosa.

—Pero, ¿es verdad que nunca ha tenido novia?—le decía ella sonriente.

—¡Que no, se lo juro!—la contestaba él.

Mientras, *el Morenito* causaba sensación entre las muchachas, al contemplar éstas la soltura y gracia chulona que tenía para darse las vueltas.

—¡Baila usted, nenito, de primera!—le dijo *la Tenorio*.

—Toma, como que he bailao y en concurso, ¡mi reina!—la contestó Luis, dándose gran importancia.

A los dos intrusos los presentó a la "Madame" *la Tenorio*, diciéndola que eran primos suyos.

—¿Sabes que has tenío un lleno con tu idea?—le dijo *el Morenito* a su compañero.

—¡Como que nos vamos a inflar!—le contestó el otro enorgullecido.

.....

Al anochecer emprendieron el regreso.

Juan iba loco de contento con Lola, la Bonita, pues ésta había aceptado las relaciones siempre que éstas fuesen serias y formales.

III

La carta decía:

“Querido amigo Juan: te escribo estos renglones para que te enteres qué clase de hembra es la mujer que te tiene tan atontoliao,

Un amigo.”

Después de esta misiva recibió otras tantas, en las que se le notificaba que Lola tenía un chiquillo que se lo criaban en los Cuatro Caminos.

Cansado de tantos infundios, rompió sus amores con Lola.

Y aquella noche, en el “tupi” en que

se reunían para quitarle la tristeza, su compañero Luis *el Morenito* le convidó a unos chatos de manzanilla.

De Juan *el Perfíles* nadie volvió a saber más en el barrio de Vallehermoso. Solamente se supo que había marchado a Sevilla a buscar trabajo.

A los seis meses, Luis *el Morenito*, que no era otro el autor de los anónimos, casábase con Lola, *la Bonita*.

IV

Pasaron dos años. Una tarde se hablaba a la puerta del Inglés *el Perfíles*, con otros amigos.

—¡Dichosos los ojos que te vuelven a ver!—habló Juan, estrechando la mano de su mal antiguo amigo—. ¿Qué tal te va en tu nuevo estado?

¡Mal, chico, mal!—le contestó Luis,

bajando su vista al suelo, como arrepentido de sus perversas acciones.

—¿Necesitas dinero; te hace falta algo?

—¡No, Juan, no! Lo que quiero es que me saques a banderillear contigo.

—Pues saldrás, hombre, ya lo creo; nunca olvidaré a tu pobre madre por el cuidado con que me trató cuando vine, medio muerto, de la capea de Getafe.

Se despidieron.

Al entrar en su casa Luis se abrazó a Lolilla.

—El domingo salgo a torear en Madrid, nena mía.

—¡Pero estás loco!—le contestó la mujercita, saltándosele las lágrimas.

.....

Y llegó la tarde de la corrida. Luis Martínez, vestido con aquel traje azul y oro que desinteresadamente le había

regalado *el Perfiles*, aguardaba impaciente a su amigo para dirigirse a la plaza.

Juanillo apareció en el umbral de la puerta; sus ojos contemplaron a su antigua novia. Ya no era aquella nena que conoció en el merendero. Había perdido los encantos de su bonito cuerpo.

.....

Las dos veces que entró a banderillear a un berrendo que atrocemente desarmaba, quedaron los palos en el suelo.

Las faenas de Juan fueron las más completas de todas sus tardes de novillero. Cuando en hombros de los "capitalistas" le sacaron por la puerta grande, no iba contento el noble lidiador. Pensaba en el triste fracaso de su antiguo compañero de aventuras.

—¡No te apures, Luisillo, no te apures!—le dijo el novillero, dándole pala-

bras de consuelo y estrechándole fuertemente las manos.

—Gracias por todo, *Perfiles*; nunca olvidaré esta noble acción, después de lo mal que me porté contigo.

—¡Eso ya pasó, Luis! Desde hoy, todas las corridas que toree he de enviarte el sueldo que hubieras ganado yendo a banderillear en mi cuadrilla.

Su antigua novia, la mujercita pobre, se arrodilló y le besó las manos. Juan acercóse a la cuna en que dormía un angelote rubio, dándole un beso, y con los ojos nublados por las lágrimas abandonó aquella triste y mísera bohardilla.

Las vecinas, curiosas, puestas en los corredores, esperaban el paso del héroe; mientras éste pensaba, al bajar las escaleras, si la verdadera felicidad no estaba en el triunfo ni en la gloria, sino en los brazos de una mujer que le quisiese mucho,

Pepín "el Feo"

I

Por Pepín *el Feo* era conocido el muchacho. Era un golfillo que, al anoche-
cer, encendía los faroles de los carrua-
jes en la Castellana. Poco a poco, entre
los elegantes que frecuentaban el paseo,
empezó a hacerse popular, y sacaba buenas propinas de los señoritos de la goma, que disputábansele como intermediario para que llevase las cartas a las "cocotas" bellas que paseaban triunfadoras.

Pepín *el Feo* desapareció un día del paseo de coches, y nadie supo más de él.

¡Tal vez hubiese tomado un nuevo plan de vida, más fructífero que el que hasta entonces llevaba!

Fué una tarde triste, al final de una novillada, en aquel antiguo corralón de podridas maderas de la Plaza de Carabanchel. Según costumbre, lidiábanse al final unos novillos embolados que propinaban sendos palizones a aquellos muchachillos, que en días no lejanos llegarían a las puertas de la Fama.

Un pregonado de aquéllos dió a nuestro héroe tan fuerte número de contusiones, que a éste, en muy mal estado, se le trasladó al Hospital General.

Pero en la camilla en que era conducido Pepín llegaban a sus oídos los aplausos que el público tributaba a un novillero que hacía furor en aquella época en el corralón de Romero.

Pepín *el Feo* no tenía familia; a los dos años quedóse sin su madre y, gracias a la caridad de una buena mujer de la vecindad, que lo recogió, pasó sus primeros años de adolescente.

Cuando cumplió los nueve años le metieron de aprendiz en una carpintería, y hubiese llegado a ser un buen oficial; pero en esto dejó de existir la "señá Felicianá", y, entonces, sin casa, ni hogar, dedicóse a vender periódicos ilustrados y, por las tardes, a encender los faroles de los carruajes.

Pero todas sus ilusiones eran: las de ser torero, llevar aquellos gruesos brillantones en sus dedos y vestir los trajes de seda y oro que deslumbraban sus ojillos tristes. Vendiendo la Prensa se enamoricó de todas las veras de la Inesilla, una chicuela que vendía violetas a la puerta de las Calatravas; a la chavala tampoco le fué antipático el Pepín, y

se quisieron, y el golfo estuvo semana tras semana ahorrando diez duros para ataviar a su nena con un buen traje y un magnífico mantón de invierno. Y ella hubiese sido la única persona que, poco a poco, le habría quitado la afición con sus caricias y sus mimos de gatita madrileña.

Pero un día aciago no supo más de ella; un señorito "bien" se la había quitado, llevándosela a vivir a Valladolid. Entonces más que nunca volvió a su mente la loca afición, y en su cerebro no había más que una idea: ser matador de toros.

* * *

A los veintitantos días fué dado de alta en el hospital, y sor Filomena, la tierna y compasiva hermanita de la Caridad, se despidió de él, dándole un escapulario de la Virgen del Carmen.

—¡Adiós, Pepín, te ruego que siem-

pre lo lloves en tu pecho; no te separes de él!

Estuvo por darla un beso apretadísimo, como aquéllos que daba a su Inesilla; pero se contuvo.

Al salir del hospital un sol de invierno hirió sus ojos. Era un día lleno de sol y de vida, y en los árboles picoteaban los gorriones.

II

Aquella tarde volvió nuevamente a su ocupación en el paseo.

Cuando iba a iniciarse el desfile, desde una elegante berlina le hicieron señas de que se acercase. Era el marqués de Colones, el afamado ganadero salmanquino.

—Pepín, ¿qué ha sido de tí?—habló el noble prócer.

—Nada, señor marqués; un marrajo

que me echó mano, y he estao en el hospital.

—¿Pero tú tienes afición?

—¡Afición, no señor; locura por los toros!

—Toma—le dijo alargándole una tarjeta—, aquí tienes las señas de mi casa; ve mañana, a las once.

—Está bien, señor marqués—le respondió.

Por la noche, después de cenar, al ir a acostarse Pepín *el Feo*, dió un beso muy fuerte al escapulario bendito.

* * *

Seis meses después, en una novillada-concurso, debutó en la plaza de la corte; su éxito no fué muy satisfactorio; el novillo, y que por cierto era de la ganadería de su protector, salió mansurrón, y Pepín, que ahora apodábase *el Perfiles*, no pudo sacar partido. Gracias a las in-

fluencias del marqués, la Empresa madrileña lo colocó en la próxima novillada. Y aquella tarde armó el escándalo entre la afición. Por la noche los periódicos ensalzaron la labor del diestro madrileño, del golfillo tan conocido en Madrid.

* * *

Después de una tarde gloriosa en el ruedo valenciano, Pepín *el Feo* recibió una carta azul que traía perfumes de rosas.

"Esta noche desearía, si no tiene inconveniente, que me recibiese, para lo cual yo iré a su casa, a las nueve y media en punto.

"Una admiradora de su arte."

Estuvo por no recibirla y marcharse con sus amigos al teatro; pero rehusó, dándole órdenes a Juan Antonio, su mo-

zo de estoques, de que si venían a buscarle dijese que se hallaba descansando.

* * *

Puntual, a las nueve y media, entró Juan Antonio en el gabinete.

—¡La gachí!, maestro, ¡y que no es bonita, ni ná!

—¡Pepín! ¡Mi Pepín!

Y la pecadora, que no era otra que Inesilla, suplicante se echó en sus brazos.

El Perfíles la apartó dulcemente, yéndose a sentar en una butaca, a larga distancia, y con indiferencia encendió un cigarrillo.

—¿Cómo te has acordado de mí, después de tanto tiempo?—la preguntó.

—Te ví esta tarde y no sabes lo que pasó por mí cuando miles y miles de palmas tributaban a tus faenas. ¿Sería posible que tú fueses mi Pepín?

Por la imaginación del torero pasó la huída ingrata de la florista, sus días en la triste cama del hospital; luego, tanto tiempo sin saber de ella. Y ahora, cuando le veía triunfante y mimado de los públicos, volvía a él, no buscando a Pepín *el Feo*, al encendedor de coches, sino al héroe que, después de una tarde triunfal, venía a ofrecérsele como todas aquellas malas hembras que escribíanle cartas después de una de sus faenas.

—¡Te suplico que te marches!, dentro de poco vendrán los amigos a buscarte.

Ella se levantó encadenando los brazos a su cuello.

Pepín tocó el timbre, apareciendo el mozo de estoques.

—¡Juan Antonio, haz el favor de acompañar a la señora hasta el coche!

Quedóse a solas *el Perfíles*, y arrepentido de su comportamiento, estuvo

por salir a la escalera, llamándola para perdonarla; pero no lo hizo.

De la calle venían pregones de los vendedores de periódicos con el triunfo de Pepín, mientras éste, caído en una butaca, como un ídolo roto, limpiábase con el pañuelo las lágrimas.

Araceli

Cafía la tarde de aquel día asfixiante de agosto, en que las calles de Sevilla hallábanse desiertas.

Araceli, la reina del barrio, como la llamaban en la Puerta de la Carne, daba las últimas puntadas a la muda del señor Curro.

Iba el abuelo a picar dos corridas de toros al Puerto de Santa María.

Araceli era una mocita de unos diecinueve años, alta, de talle esbelto; sus ojos, azules como el cielo sevillano; rubia su cabellera y blanco su cutis; era, en fin, lo que se dice una alhaja.

Muy pocos años tenía la nena cuando

dejó de existir la señá Angustias, a consecuencia de una gran paliza "sorda" que le dió su cónyuge, de vuelta de una tienta.

Como el picador, por su vida azarosa, no podía hacerse cargo del retoño, no hubo más remedio que enviar a la pequeña a Dos Hermanas, con una prima carnal; allí se crió Araceli hasta que cumplió los catorce años; el padre se la trajo a Sevilla, mas no por cariño, sino por interés: para que le cuidase la casa, y en esto acertó, porque había que ver lo limpia que Araceli la tenía; los suelos más bien parecían espejos. Día hubo en que la rubita los fregó dos veces, siendo trabajo en balde, porque luego eran manchados por las vomitonas del señor Curro. Allá, a altas horas de la noche, volvía a la casa hecho un barril de manzanilla.

Cuando hubo terminado su labor, do-

bló la ropa cuidadosamente Araceli y miró el reloj; eran las seis y cuarto.

Despacio, para no hacer ruido y despertar al padre, salió al patio a peinarse.

Ya estaba sentada ante el pedazo de luna que la servía de tocador, cuando se abrió la puerta, apareciendo una joven morenilla, de ojos maliciosos, vestida con un traje de satén chillón y un promontorio de flores y peinecillos en la cabeza.

—No te asuste, Araceli; soy yo.

—¡Anda, *Picúa*, ya que has venido, arrecógeme el pelo!

—He venío a desirte una cosa.

—¡Chiquilla! Que no me deja ni respirá.

—Casi nafta: que *el Plantao*, tu novio, va a toreá en Madrid; este papel lo dise. Hasiendo la candela estaba, cuando Pepiyo me dió el notisión.

Con los ojos llenos de lágrimas volvió a leer Araceli aquellos renglones, que destrozaban su alma.

—Lo siento. ¡Mialas, por estas!; que Rafaé se aparte de mi vera.

—¡Si totá son cinco días, mujé!

—Pero si gusta, le firmarán más corrias, y no sé lo que va a ser de mí.

—¡Qué exagerá eres, Araseli!

Desde dentro, el señor Curro empezó a dar voces, y motivo fué para que las dos íntimas amigas se despidiesen.

—¿Qué hora es?

—Las seis y media, paresito. ¿Usted no sabe? Rafaé está contratao en Madrid; ¡pa que luego diga que no se arrima!

A punto estuvo que al piquero, que tranquilamente cepillaba su sombrero, se le cayese de las manos.

—Mía, corasón, esta noche, cuando venga a pelar la pava, le dises que me

lleve con él; pero como si fuese cosa tuya.

Un cuarto de hora después, Araceli se puso a leer un novelón terrorífico que habíala dejado *la Picúa* la tarde anterior.

* * *

—¡Buenas noches, mi reina!

—Hola, prínsipe. ¿Te paese bonito? Las onse y media.

— Perdóname — habló *el Plantao*, echándose hacia atrás el sombrero de ala ancha—. Me lié con unos; venga una batea y otra, y no sé; mentirita me pae-se haber venío.

—Oye, Rafaé, no me orvides nunca.

—¡Vamos, chiquilla! ¡Pues no estás llorando!

—Es que siento una pena mu grande de que te alejes; y, a propósito, te iba a pedí una cosa: llévate a mi pae contigo, a tu debut.

—Eso es un desatino.

— Entonse — le respondió Araceli, ofuscada—, ¿eres tú el que me juraste que me querías ante la virgen de la Esperansa?

—Es que el abuelo ya no se arrima ni a un borrego; si luego le dan un porraso, yo he tenío la culpa.

—Pues si no asedes, esto ha finalisao esta noche.

—Lo que tú quieras—añadió el novillero, encogiéndose de hombros.

Aquellas cuatro palabras indiferentes desgarraron el corazón de la moza.

Toda la noche la pasó sollozando, hasta la madrugada, que volvió el señor Curro, anhelante de saber la contestación. La hija le explicó lo sucedido.

—¡No te lo desía yo, tontiya! ¡Ese es malo! Permita la Providencia le coja un toro reservón.

—Eso no lo miente usted.

Y dos días después, la tarde que él debutaba en Madrid, Araceli compró una vela y se la llevó al Señor del Gran Poder, para que el hombre de sus fatigas tuviese fortuna.

Muy de mañana, en la puerta de la calle aguardaba, impaciente, la salida de la Prensa.

Gozosa, respiró al ver al vendedor. Abrió el periódico y se quedó fría; al *Plantao* le habían echado sus dos novillos al corral.

Y dos meses más tarde, una noche se encontraron frente a frente.

—¿Dónde vas, presiosa?—la preguntó el mozo.

—A ver mi novio, que me tié chiflá; pero eso no quita; acompáñame; es decir, si no tienes contratá alguna corría en Madrid.

—Mira—dijo el sevillano, quitándose la gorrilla.

—¡Jesú! — exclamó Araceli, santi-
guándose—. ¿Pero te has cortao el pe-
lo? Y ahora, ¿a* qué te dedicas?

—A sapatero, y a casarme en seguía
que encuentre un pedasito de corasón.

Y la acompañó hasta casa, y aquella
noche, Araceli volvió a salir a la reja a
hablar con *el Plantao*, y por vez prime-
ra unieron sus labios, mientras allá, en
un reloj lejano, daban las dos de la ma-
drugada.

La querida del amo

Gran júbilo y extraordinaria alegría reinaba aquella tarde en la dehesa del afamado ganadero Pancho Santa Cruz.

Celebrábase, según costumbre de todos los años, la tienta de sus renombradas reses, que, después, cuando fuesen arrastradas en los ruedos, el escrupuloso ganadero no tendría más remedio que saludar repetidas veces a las enormes ovaciones que se le tributaban.

Invitados a la fiesta habían acudido muchos aficionados y la mayoría de los revisteros de la corte.

Algunos de éstos rehusaron las invitaciones poniendo sus excusas; pero sa-

bedores que el ganadero era el pagano de todos los gastos, aceptaron ir a pasar aquellos dos días de comilona, broma y francachela.

Encargados de echar el palo eran los aficionados picadores *Los Balderones*, que en aquellos tiempos enloquecían a la afición por su arte y su destreza de buenos caballistas. La dirección de la faena que iba a realizarse corría a cargo de Rafael *el del Puerto*, que era el matador que en aquel entonces más corridas contrataba; era un buen torero; su suprema elegancia al manejar capote y muleta eclipsaba a los públicos; pero a la hora suprema, según el mismo diestro confesaba a sus íntimos, no podía explicarse lo que le sucedía, pues en los cinco años que llevaba de matador, ni por casualidad salió bien muerto un toro de sus manos.

Desde tres días antes, el *Señor Ma-*

nué, el viejo mayoral de la ganadería, empezó los preparativos para la fiesta; no quería el buen hombre que se echase de menos ningún detalle.

Ricardo, el hijo mayor del vaquero, en estos días de trajín ayudaba al padre; pero el día de la fiesta desaparecía de la dehesa, yéndose al pueblo cercano.

Poníase el sol. Ricardo, sentado junto a la puerta del caserío, contemplaba a su hermana Carmela, que, afanosamente, cosía aquel traje azul rabioso que estrenaría al siguiente día.

—¿Qué piensas, Ricardillo? ¿Estás triste?

No la contestó palabra. Con la cabeza oculta entre sus manos, pensaba o parecía quedarse dormido. Carmela dejó la costura, acercándose cariñosa.

—¡No me tienes que decir una palabra! ¡Adivino tus penas!

—¿Vendrá ella?—la preguntó Ricardo.

—Yo creo que sí. Ninguno año ha dejado de acudir a la fiesta, y ahora con más motivo, pues no sé si sabrás que, según cuentan, está enredada con Rafael *el del Puerto*.

Quedaron nuevamente en silencio los dos hermanos. Por la mente del hijo del mayoral pasaron otros días de lejanos tiempos, en que Matilde había sido su primer amor, y con ella se hubiese casado a no ser por el amo, que en una fiesta análoga a la que iba a celebrarse, Pancho Santa Cruz, prendado de la belleza, gracia y picardía de la sevillana, la engañó vilmente con unas cuantas sedas y unos brillantes, llevándose la a la corte.

Ante aquel comportamiento tan cínicco y canalla, el *Señor Manué* estuvo por despedirse de la casa; pero se fijó en

aquellos cinco hijos, que le pedirían pan, y el hambre es mala consejera; y el pobre viejo tuvo que conformarse. Desde entonces, siempre que el ganadero y su amante iban a la dehesa, Ricardo huía; no quería verla ante sus ojos; pero el azar los hizo encontrarse aquella primavera en Valencia. Acompañado de su padre, habían ido a llevar una corrida. Y Matilde y Santa Cruz acudieron a los corrales, acompañados de otros amigos. Y la ingrata ni siquiera volvió una vez los ojos para mirarle.

De sus tristes recuerdos vino a sacarle las voces del *Señor Manué*, que le llamaba para que acudiese, con otros vaqueros a sus órdenes, a encerrar al *Poderoso*, aquel berrendo en negro, de finísima estampa, que al siguiente día lo mataría el espada *Rafael el del Puerto*.

Cuatro veces había entrado a matar a *Poderoso* el gaditano, después de ha-

berle toreado a dos manos y con el pico de la muleta.

Rafael se hirió con el estoque intencionadamente, y, entonces, Ricardillo pidió permiso para matar el toro; el amo se lo negó repetidas veces; pero, dadas las insistencias del mozo, tuvo que acceder.

Cogió la muleta y se fué a los terrenos en que hallábase, como enclavado, el berrendo. Le toreó casi con el cuerpo, metido materialmente entre los pitones, y, en unos cuantos pases, lo desengañó. Igualando, adelantó el pie, y dando el hombro, cobró una estocada superiorísima.

Estalló una ovación, y, triunfalmente, recogió Ricardo billetes y espléndidos habanos.

Matilde le sentó a su derecha, por la noche, en la mesa, donde hubo brindis por el futuro mata'or.

Al retirarse a descansar los invitados, Matilde apretó fuertemente las manos a su antiguo novio. Y en sus hermosos ojos negros pudo leer el chaval sevillano que aquella noche se le hubiese entregado en sus brazos la perdida.

.....

Pasaron seis años, los cuales fueron otros tantos triunfos para el sevillano, y aunque su fortuna era cuantiosa, los toros le habían ocasionado serios percances. Otros matadores venían empujando, y su fama la veía perderse si continuaba su arriesgada profesión.

.....

Al ir a brindar su último toro de despedida, las lágrimas asomaron a sus ojos; acordábase de otra tarde en que el cariño de una mala mujer le hizo lanzarse a ser torero.

La faena de muleta fué desconfiadí-

sima, encorvado, huyendo del noble animal, que estaba suavísimo para hacer filigranas.

Volvió nuevamente a pensar en la tarde primera de su vida, en Rafael *el del Puerto*, y, sobre todo, en ella, en la mujer de todos sus amores.

¡Quién sabe si estaría allí mirándole fijamente con los gemelos!

Se enmendó en la faena y mató el toro superiormente.

.....

Rodeado de aficionados se desnudaba el torero, cuando recibió aquel telegrama. Firmándolo, y sin hacer siquiera mención, lo dejó encima de la mesa.

Al quedarse unos instantes solo, lo abrió.

“Ricardo, sé que te despides esta tarde. Por los periódicos he sabido que eres

dueño de un capital cuantioso. Yo también he tenido mucha suerte; soy rica. Tú, dime con franqueza, si yo no hubiese sido mala, ¿cuántas escaseces y miserias habrían sido las nuestras? Tu

MATILDE"

Ricardo quedóse unos instantes pensativo, y, encogiéndose de hombros, pensó por vez primera en su vida que la nena loca tenía razón.

.....

... of the ...
... of the ...
... of the ...
... of the ...

... of the ...
... of the ...
... of the ...

... of the ...
... of the ...
... of the ...
... of the ...

... of the ...
... of the ...

Marta

AL CABALLERO AUDAZ

La quise mucho, con locura. Un día la nena cayó gravemente enferma; las traidoras viruelas hicieron que su rostro de biscuit se pusiese horriblemente desfigurado; sus veinte años vencieron la enfermedad cruel; yo lo confieso, me porté muy mal; durante mes y medio que duró la dolencia, no fui a verla por temor al contagio; eso sí, la escribía todos los días unas cartas muy largas, las que hacía leer a su hermana repetidas veces. La enferma entró en el período de franca convalecencia y, por fin, una tarde, fui a buscarla a su casa. Marta me abrió la

puerta presa de amargo llanto; yo la di un beso apretado, a la vez que me fijé, horrorizado en su rostro. Debió de adivinar mi emoción cuando la nena me dijo triste.

—¡Ya no me vas a querer! ¡Me he puesto horrible! ¡Verdad?

—No, rica, no—la contesté.

Pasamos al gabinete, y la pobrecita me hizo el café como otras tardes en que abandonaba el triste comedor de la casa de huéspedes para correr a los brazos de la mujer querida.

—¡Estás triste; no me cuentas nada! ¿Qué has hecho en tanto tiempo?

La engañé vilmente; ¡cuántas y cuántas mentiras salieron de mis labios!; ella me escuchaba atenta, mirándome fija, sin pestañear. En el silencio de la paz de la tarde, una ciega, de voz chillona y aguardentosa, entonaba una canción popular.

—¿Tienes unas monedas para echárselas a esa pobrecita?

Se las di.

Volvió nuevamente a sentarse Lili; la blanca perrita griffona, de un brinco, saltó sobre mis rodillas.

—¡Si vieses! En todo el tiempo que he estado enferma ha sido imposible separarla de debajo de la cama.

—¿Quieres que salgamos un poco?—la pregunté.

—Sí, lo que tú quieras.

Llamó al timbre, dando orden a la doncella de que la trajese el abrigo y el sombrero.

—Dispensa que no me avie, pues no tengo gusto para nada.

Dimos una vuelta por las calles céntricas, deteniéndonos en los escaparates de los grandes comercios.

Al tomar el *cangrejo* en la calle de Cedaceros, unas cuantas modistas se nos

quedaron mirando con insistencia, y una de ellas dijo a las compañeras:

—¿Habéis visto cómo lleva la cara esa señoritinga?; parece un acerico.

Y las otras celebraron con grandes risotadas la cruel ocurrencia de la compañera.

Tenían razón: no era mi muñeca la que, con adoración loca, velé su sueño en noches blancas de amor. Al retornar a casa tuve una idea endiablada: la de apagar las lámparas eléctricas para darla unos besos.

—¡Ya no me quieres!—exclamó rompiendo a llorar, huyendo de mis brazos.

—¡Tontina, qué cosas se te ocurren!

—¡No me engañes, no! Te pido que te vayas; que no te acuerdes de mí.

La pedí perdón; pero al volver al día siguiente a verla no la encontré en casa. Nati, su hermana, con palabras duras, me dijo que aquella misma mañana se

había ido del hogar, sin saber su paradero. No supe más de ella, de la pobre criatura, todo bondad, que me hizo tan feliz aquellos dos años.

.....

Pasó mi juventud, mis ilusiones blancas; un día, hastiado de vivir errante, me casé con una mujer que creía me adoraba, y me fué infiel, y no tuvimos más remedio que separarnos después de crueles torturas que destrozaron mi alma, que era suya.

Unas cataratas cegaron mis ojos para siempre, después de una infructuosa operación; apoyado en mi bastón, andando trabajosamente, me encaminaba todas las tardes hacia la Moncloa, en donde, sentado en un banco, escuchaba las alegres voces infantiles de los niños que jugaban a mi alrededor.

Empecé a sentir frío, y poniéndome el gabán me despedí de los niños, empren-

diendo el regreso hacia mi hogar, una casa muy triste y pobremente amueblada.

Al cruzar la calle del Marqués de Urquijo, mis oídos sintieron varios gritos de horror, a la vez que sentí que unos brazos me detuvieron del peligro que me amenazaba.

—¡Dios se lo pague!—exclamé apretando fuertemente las manos de la persona que me había salvado de una muerte segura.

—¿Se ha asustado usted? ¿Quiere un poco de agua?

Debí de temblar de alegría al oír su voz, suave y acariciadora. La voz de la amada.

—¿Se llama usted por casualidad Marta?

—Sí, Ricardo, yo soy; la providencia me ha hecho encontrarte.

—¿Luego me esperabas?

—Sí, no te he olvidado, y te buscaba desde que supe tu desgracia.

Me dejé guiar por ella y me llevó a su casa: al entrar en la habitación aspiré su perfume favorito: lilas blancas.

Y esta noche, en que mi cuerpo mutilado hubiese descansado en el frío lecho de un santo hospital, a no ser por ella, hicimos las paces, tarde ya y un poco viejos para el amor.

Dieciocho, diecinueve...

Caía la tarde, una tarde gris y tris-
tona, en que sólo se escuchaba la can-
ción del aguacero, que se estrellaba en
las vidrieras del balcón.

Yo, de rodillas a sus pies, lloraba co-
mo un niño.

—¡Vamos, no tengas tanta pena! ¡Si
llegó lo que tenía que suceder!—y me
miró con ojos entre hastiados y compa-
sivos.

Tardé un rato en contestarla. Me so-
focaban los sollozos.

—¡No me abandones, Rosario! Yo es-

tudiaré día y noche, y en un año saldré médico; me casaré contigo, alma de mi alma. ¡Pero no me abandones! ¿Qué será de mí sin ti?

—¿No ves, nene, que es imposible que estemos juntos? No tenemos dinero; lo hemos gastado en estos tres años.

—¡Calla! Merecerías que te matara.

—¿Pero tú no comprendes que es imposible que continuemos? La modista me asedia con la última cuenta todos los días, y yo, francamente, no estoy acostumbrada a esto.

—¿Cuánto importa?—la pregunté.

—Nada; una porquería: doscientas pesetas.

Me levanté, abrí mi armario de luna y saqué las medallas de mi madre, las que tuvo puestas en su agonía.

A poco regresé con doscientas veinte pesetas, las cuales puse en manos de la ingrata.

Y ocho días después de esto, al volver una tarde a casa, no encontré a Rosario en ella. La criada me dió una carta, en la que mi amada se me despedía para siempre.

“Cayó sobre mi espíritu la noche”, como dijo Bécquer.

—¡Rosario, Rosario!, ¿dónde estás?

* * *

Aquella noche me tocó de guardia en el hospital de la Princesa.

Estudiaba afanosamente, cuando entró el enfermero apresurado.

—¡Don Luis!, una enferma que han traído esta tarde se agrava por momentos.

Me subí el cuello de la americana y atravesé aquel húmedo y frío corredor que daba a la sala de San Rafael.

—¿Qué número es?—le pregunté.

—El veinte, señor; es una mujer; ya

se habrá usted enterado; esa a quien han tirado unos señoritos jueguistas del automóvil.

—¡Pobre desgraciada, juguete de ricos!—hablé para mí.

Entré en la sala, y con la vista fija, fuí contando los números. El diez y ocho, el diez y nueve... ¡Dios mío! ¡Era Rosario!

Le tomé el pulso; tenía alta fiebre. Aquella no era la mujercita que fué mi ideal. Era un montón de carne rota, cubierta de vendajes.

Me senté a su lado. Ella hacía esfuerzos sobrehumanos por contarme la horrible historia de su vida.

—No te fatigues. ¡Deja, mañana, cuando estés más tranquila!

Mis ojos se fueron cerrando entre ayes y suspiros de la enferma.

Cuando desperté, empezaba a clarear el día.

—¡Rosario!, ¿me oyes?, ¿te encuentras mejor?

Estaba muerta.

A lo lejos oíase el piar de los pajarrillos. La campana del hospital llamaba a misa.

La besé en los labios, en los ojos, en la frente, y salí a los inmensos y lúgubres corredores.

Un horrible cierzo interior hacía tiritar a mi espíritu.

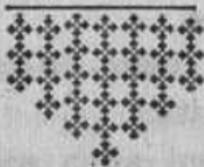
Ya no era mi alma un resto de juventud, sino una devastación, una ruina.

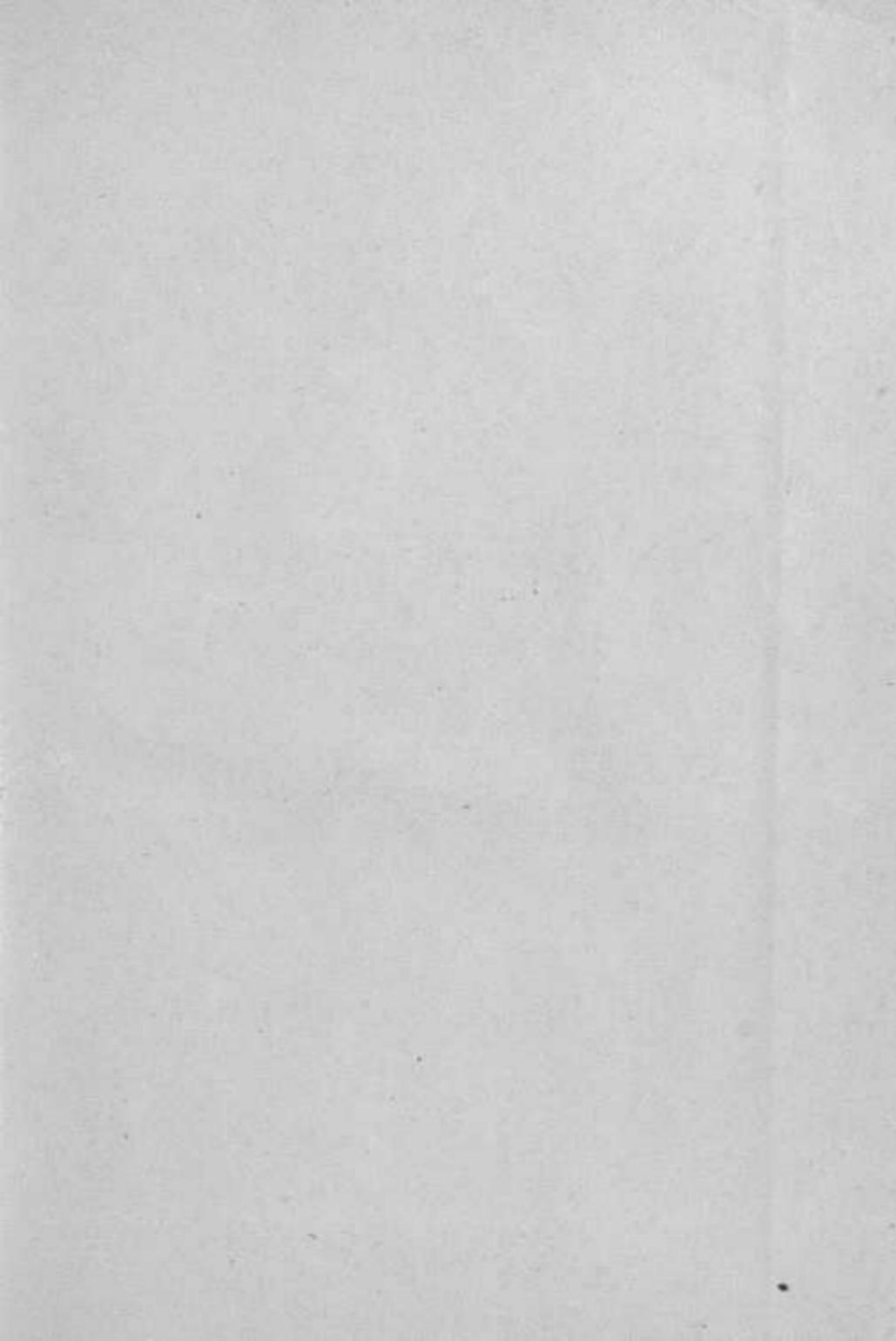
No me dirigía a ninguna parte, porque me faltaba el impulso motor: la voluntad.

Sin saber cómo, encontréme en la capilla.

Allá arriba percibíase la blanda ondulación de unas albas vestiduras, irradiaba el fugitivo brillar de un cáliz y oíase un litúrgico cuchicheo.

Caí de rodillas e intenté rezar. Pero no podía. ¿Qué ardiente plegaria hubiera impedido el definitivo naufragio de mi corazón?





~~1500~~

~~56
50
56~~

15
00
19

150
19

60 - 150

990
6

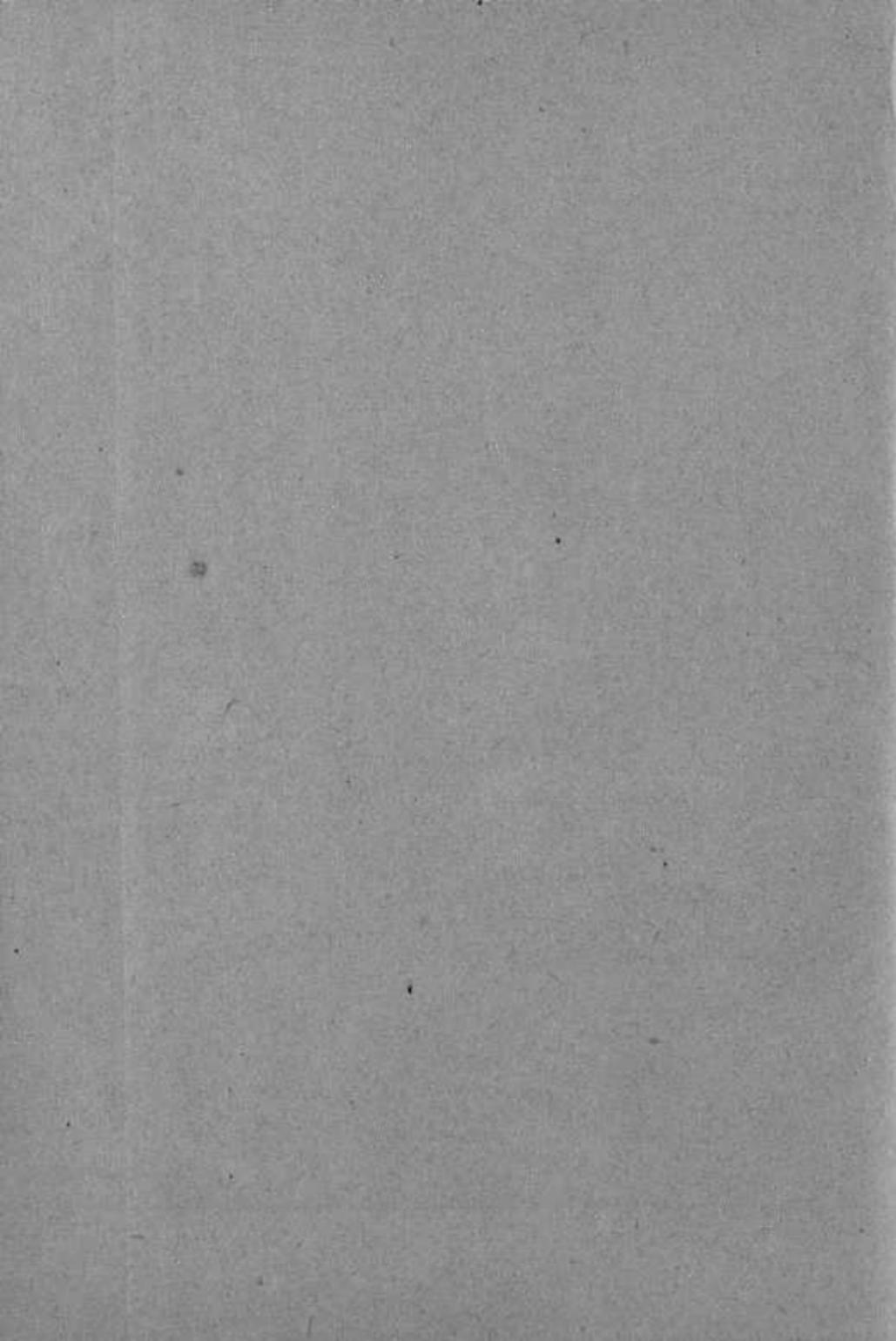


150

15
990

2250





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número..... 363 Precio de la obra.....
Estante..... 17 Precio de adquisición
Tabla..... Valoración actual.....
Número de tomos.. ..

3



LA ULTIMA
COGIDA